

REFLEXIONES DE UN HISTORIADOR

Por *JOSÉ LUIS COMELLAS*

Uno de los más insignes historiadores sevillanos del siglo XX, y culpable en buena parte de mi afincamiento en esta ciudad desde hace cuarenta y dos años, don Jesús Pabón y Suárez de Urbina, comentaba una vez que la famosa Memoria de oposiciones, en que los candidatos a una cátedra de Universidad habíamos de exponer nuestros conocimientos sobre Concepto, Método, Fuentes y Programa de la asignatura, debería de ser obligatoria más bien en el momento de la jubilación. Sería entonces, después de una vida dedicada a impartir miles de lecciones, después de una cantidad innumerable de horas de archivo y biblioteca, de docenas o centenares de trabajos publicados, de conferencias pronunciadas, de congresos compartidos, de tantos momentos de reflexión, de elaboración, de maduración de los conocimientos, cuando el profesor debería estar en condiciones de realizar una buena memoria.

Dicho esto, debo tranquilizar a ustedes respecto de mis intenciones. Nada más lejos de mi propósito que cumplir ahora el consejo del profesor Pabón. Mi intervención de esta tarde no pasa de ser un conjunto tal vez inconexo de reflexiones expuestas con toda la brevedad que exige el acto y con toda la sencillez que he querido exigirme en cincuenta y tres años de docencia universitaria. Puedo añadir que estas reflexiones, por obra de circunstancias a que no sería oportuno aludir aquí, han sido vividas y trasladadas al papel “lejos de todas las bibliotecas”, como advierte

Louis Halphen al comienzo de su espléndida *Introducción a la Historia*. Por supuesto, no tengo la fortuna de compartir el magisterio de Louis Halphen, pero tal vez en el fondo, quiero esperar que esa lejanía de toda erudición pueda conferir a mis palabras una cierta dosis de espontaneidad.

La Historia, como tal, encierra el suficiente interés para que muchos seres humanos provistos de inquietudes nos hayamos dedicado a ella. Cuál sea la causa que nos mueve a estudiar la Historia encierra una pregunta con varias respuestas posibles. Cuenta, por supuesto, la curiosidad de conocer. Escarbar en el pasado presenta siempre la llamativa paradoja de descubrir algo nuevo. Fue la curiosidad de la indagación la que movió a aquel reportero incansable que fue Heródoto de Halicarnaso a inquirir por todas partes testimonios de la verdad que buscaba. Curiosidad que no comprendió el sacerdote egipcio, hijo de una cultura distinta, cuando espetó al padre de la Historia: “¡Oh, vosotros, los griegos, sois como los niños: no haceis más que preguntar!”. Porque Heródoto hizo preguntas, porque los griegos y después de ellos los hombres de nuestra cultura occidental, los habitantes de esta “isla pensadora”, que dice Stuart Hugues, no hemos dejado de hacernos preguntas, hemos llegado a donde hemos llegado en nuestro grado de conocimientos de orden racional. Pero Heródoto va mucho más lejos cuando precisa que ha hecho su *historia*, es decir, su indagación, “para que las grandes acciones tanto de los griegos como de los bárbaros no desaparezcan por obra del tiempo”. He aquí una finalidad de la Historia que revela algo más profundo que la mera curiosidad: el afán de perpetuar, de dejar memoria de lo que ya ha pasado, y que sin esa memoria se perdería sin remedio. Es ese afán de rescate lo que permite decir a Séneca que “ningún siglo nos ha sido vedado”, y, gracias a la Historia, podemos “imbecilitatis egredi”.

La curiosidad y el deseo de que lo que fue no se pierda, cuentan entre los factores que han movido al hombre a hacer historia, pero cuenta también, si hemos de seguir el orden escolástico de los viejos estudios, el deseo de explicar el por qué, la causa de que los hechos hayan sido como fueron y no de otra manera. “Me propongo explicar en este libro -comienza a escribir Tucídides- por qué lucharon los griegos con los persas, y por qué

después lucharon los griegos entre sí". Se introduce aquí, al lado de la curiosidad, el deseo de encontrar explicaciones, un deseo innato en nuestra naturaleza, que puede conducirnos a un grado superior y más útil de conocimiento. El por qué de las cosas, esa otra pregunta de niños, acucia a los hombres de tal suerte que no nos es suficiente el correcto conocimiento de los hechos, sino que necesitamos explicárnoslos y explicarlos. Un afán misterioso, pero vital, que bulle en lo más profundo de nuestro ser nos incita a conocer cómo y por qué hemos llegado precisamente hasta aquí.

No cabe la menor duda de que todos estos factores, la curiosidad, el afán de conocer, el deseo de perpetuar, la necesidad de explicar, son un atributo de la condición humana. En tal sentido, ese mismo afán conduce al estudio, siempre alimenticio, de la naturaleza, de la física, de la química, de la botánica, de la astronomía; el ansia de llegar, en suma, como quería el Doctor Fausto, a las alturas inconmensurables del cosmos y a los abismos pavorosos del bátrato. El hombre nunca ha descansado hasta saber más y todavía más de aquello que acucia su curiosidad. ¿Añade algo cualitativo a todo eso el afán del hombre por conocer la Historia?. Ese factor añadido es, qué duda cabe, el propio hombre. El hombre quiere saber de sí mismo, porque es incapaz de permanecer indiferente a los demás hombres. *Homo sum, et nihil humanum a me alienum puto*, reza el aforismo que he leído en Terencio, por más que el tópico, como suele, disfrute de muchas atribuciones. Somos partícipes conscientes de la naturaleza humana, y nada humano nos es ajeno, por poco que influya en nuestra vida concreta o en nuestros intereses inmediatos, así sea un acto terrorista en Indonesia o un huracán en el delta del Mississippi. No podemos prescindir de nuestros semejantes, como no podemos prescindir de nuestro pasado. Y comoquiera que la Historia se refiere al acontecer humano, cualquier hecho histórico puede servirnos como referencia ejemplar o como trance digno de ser evitado. De aquí la concepción de la Historia como *magistra vitae* por lo menos desde los tiempos de Cicerón, y la ampliación de nuestra propia experiencia humana hasta límites incomparablemente más amplios que los de nuestra vida personal.

¿Hasta qué punto puede enseñarnos la Historia?. O, para decirlo de otra manera, ¿hasta qué punto podemos acceder a la

Historia para unir, como suma válida, la experiencia histórica a nuestra experiencia?. Con cuánta frecuencia se nos suele reprochar a los historiadores no poder tener presentes los hechos que analizamos, no poder introducirlos en nuestras retortas y someterlos, como requieren los más estrictos cánones científicos, a un proceso de experimentación. Podemos tener ante nuestros ojos las palancas, los amperímetros, los gérmenes introducidos en la preparación ante el microscopio. No podemos, en cambio, trabar un contacto directo y experimental con el pasado histórico. No podemos resucitarlo siquiera por un instante para vivir su auténtica realidad. No podemos preguntar a Cristóbal Colón si en algún momento llegó a tomar conciencia de que las tierras por él descubiertas no eran las Indias. Hemos de quedarnos sin millones de respuestas porque no podemos alterar, como hacen los científicos, las condiciones del sujeto sometido a estudio para constatarlo en todas sus circunstancias. La Historia, decía Xénopol no puede fundamentarse, como las ciencias de la naturaleza, en los modos de repetición, sino en los modos de sucesión. No cabe, por tanto, inducir leyes históricas, porque las leyes se establecen a partir de fenómenos que se repiten de la misma suerte, y los hechos humanos, precisamente porque son obra de la voluntad y tal vez del acaso, no permiten una repetición susceptible de ser reducida a leyes.

El modo de sucesión es una fluencia que no sabe volver atrás. En historia no cabe, como en un ensayo de ajedrez, anular una jugada para plantearla de una manera distinta en busca de mejores resultados. Lo hecho, para bien o para mal, hecho está, y no es posible retroceder en el camino para escoger una nueva senda. El pretérito es irreversible. La Historia, escribía Emille Callot, estudia un pasado perdido para siempre. La irreversibilidad de la Historia es, si así queremos interpretarla, un hecho fatal, al que hemos de resignarnos. No podemos advertir a César, siquiera con un grito, de la cercanía del puñal de Bruto. Sin embargo, esa imposibilidad de que las cosas hayan podido ser de otra manera, contribuye a conferir a la realidad de los hechos históricos, una dosis de seguridad de que no pueden disponer otras ciencias. Lo que ha ocurrido está ahí. Lo que ha ocurrido no puede dejar de haber ocurrido. Ninguna fuerza inmensa del uni-

verso, ninguna ley física o moral puede impedir o siquiera modificar el desarrollo de la batalla de Lepanto.

Ahora bien, ¿cabe pensar que el pasado ha desaparecido para siempre?. ¿Que no podemos servirnos de la experiencia histórica?. Las palabras de Callot solo pueden tomarse en el sentido de la irreversibilidad de los hechos. Pero el pasado no ha desaparecido del todo por cuanto su conocimiento nos transmite un acervo, que cada generación recibe y puede enriquecer a su vez, de modo que se constituye así en la base necesaria de todo progreso. Continuamos una historia que nosotros no hemos comenzado. Y en ese acervo transmitido por quienes nos han precedido nos apoyamos para continuar su obra o para modificarla, pero en modo alguno para ignorarla, puesto que necesariamente hemos de partir de la situación que nos ha sido dada. Y así la Historia es, en la frase tan repetida de Lindner, “la obra viva de los hombres muertos”, porque el pasado resulta ser, en palabras más filosóficas -pero no por eso menos inteligibles- de Millán Puelles, “un no-ser-ya que sin embargo *es* de algún modo todavía”. De aquí la tan repetida teoría de la acumulación histórica, en la que no pretendo entrar, para obviar temas tantas veces frecuentados; y menos pretendo entrar todavía en la sugestiva, alucinante, pero tal vez peligrosa teoría de la aceleración. Sin embargo, bueno es reconocer con Zubiri que los hechos protagonizados por el hombre en cuanto ser social que es, puesto que tienen una intencionalidad que se entrecruza con las intencionalidades de otros hombres, se implican inevitablemente entre sí; al implicarse unos con otros, se coimplican, y al coimplicarse, *se complican*. De aquí que la historia sea o nos parezca ser cada vez más complicada. Si esto es así, resulta que a los contemporaneístas nos ha tocado la tarea más enrevesada.

En resumidas cuentas, y volviendo al centro de nuestras reflexiones, parece claro que la Historia, no ya como un océano inmenso de hechos que han transcurrido en el drama del mundo antes de que nosotros llegáramos al escenario, sino también como ciencia que con el mayor rigor posible estudia esos hechos que ya no son, pero que son verdad porque han sido, no constituye un entretenimiento inútil. El testamento del pasado es un activo del que, en cierto modo al menos, podemos disponer. La memo-

ria histórica, en el sentido más noble de esta expresión, es el fruto de una experiencia de siglos. Es un saber que el hombre adquiere a través de una lección que solo el pasado puede enseñarle. Cuántas veces el viejo don Antonio Cánovas, historiador y político al mismo tiempo, repetía que la lección de la historia consiste en enseñarnos a no caer de nuevo en la misma piedra. Y no es que Cánovas, pesimista por realista como siempre fue, no supiese qué clase de animal es el hombre. Pero aconsejaba a sus compañeros, los políticos de su época, estudiar historia para contemplar los problemas con una perspectiva que de otra forma no hubieran podido obtener. Que los políticos de entonces, o los de más tarde, hayan seguido o no los consejos de Cánovas es otra cuestión. Pero, en definitiva, ocurre que si el hombre es un animal pecable, que vuelve a pecar después de un arrepentimiento sincero, no tiene por qué ser menos cierto que puede tropezar en la misma piedra después de haber aprendido el lugar exacto en que se encuentra la piedra.

El aprendizaje de la lección de la historia, como el aprendizaje de la lección de la vida, no nos lleva necesaria e incoerciblemente a aplicaciones prácticas; pero nos permite tenerlo en cuenta, como ese gigantesco examen de conciencia de la humanidad de que hablaba Collingwood. Podemos *contar con el pasado*, y ese privilegio, excepcional, que no nos confina, que no nos deja recluidos en la isla del presente, nos resulta a los mortales, si sabemos utilizarlo en la medida que conviene, de incalculable utilidad. Al fin y al cabo, seríamos bien poco si no pudiéramos apoyarnos en nuestro pasado. No somos más que historia, escribió Ortega, en una afirmación un poco enfática, como tantas suyas. Somos historia en el sentido de que nuestro ser, individual o colectivo, hunde sus raíces en el pasado. Es verdad de Pero Grullo que no necesitamos aprender a leer todos los días, ni comenzar nuestra ya terminada carrera todos los años; como nuestra generación no necesita inventar el alfabeto ni descubrir el teorema de Pitágoras; no necesita repetir la hazaña de Colón para saber que América existe y podernos llegar a ella. La historia nos lo da todo o casi todo hecho. Esta capacidad para servirnos de nuestro pasado es específicamente humana. Y en este punto, quizá me resulta inevitable recurrir a otra cita muy conocida de Ortega, que trataré de reproducir de la mejor manera posible: “el

tigre de hoy -decía- no es ni más ni menos tigre que el de hace mil años; estrena cada vez ser tigre, es siempre el mismo tigre. Pero el hombre no estrena la humanidad; parte de algo que ya se hizo antes que él, y acumula a su humanidad las ideas y los logros que otros hombres le han legado". La continuidad histórica, podríamos concluir, nos otorga el don inapreciable del progreso, o, cuando menos, de la capacidad de progreso.

La continuidad histórica, operando en sentido contrario, nos permite indagar en el pasado, o hasta cierto punto, revivir el pasado. El viaje al pasado, porque ese pasado es de algún modo nuestro, constituye una posibilidad prodigiosa del hombre, es un viaje maravilloso, que nos concede el don de la reviviscencia. No por obra de la repetición, sino por obra de un conocimiento comprensivo y consciente. No estoy seguro de que sea oportuno aquí recordar la conferencia de un medievalista que ya no está entre nosotros, y cuyo semblante se volvía rojo de indignación al censurar el comportamiento de un fiel ejecutor de los mercados de Sevilla que se había extralimitado en sus funciones. Aquel hombre estaba viviendo intensamente la vida de mediados del siglo XV, y su capacidad para trasladarse en el tiempo fue para mí, recién llegado a nuestra Universidad, una lección que nunca he olvidado. Y cómo se aprende, simplemente, cuando, leído el *Bailén* de Galdós, se traslada el historiador a Bailén y ve los mismos cerros, las mismas pendientes de olivos, las mismas calvas, la misma disposición de los caminos, y cree oír en la lejanía las cornetas de los que llegan a la Casa de Postas, o ve desde los alcores, el rebrillo, como chispitas, de los coraceros que se mueven allá abajo, entre las tapias, para atacar a los infantes de Reding. Y el historiador se admira de la capacidad de reviviscencia de Galdós, y vuelve a sentir por la fuerza avasalladora del pasado la realidad de aquella mañana de julio de hace doscientos años. Uno de los más grandes privilegios del historiador es este de vivir de nuevo lo que fue antes de que él mismo naciera.

El pasado perdura ante todo por razón de herencia. La realidad es así, y abundan razones para imaginar que es así no sin sentido; de esta suerte la existencia humana se enhebra en otras existencias anteriores, y estas en otras anteriores a ellas. La dependencia inesquivable del pasado, que nos aporta un legado

de valor inestimable, también nos condiciona, quizás a muchos coarta, y resulta ser, por la fuerza del contraste, fuente de frecuentes reacciones históricas contra el pasado mismo, contra la tradición, contra lo que hasta ahora se ha admitido. Cuántas rebeldías, cuántas revoluciones, fecundas o destructoras según los casos, cuántos movimientos, en el arte, en el pensamiento, en las formas de vida, se han fraguado por obra de un irresistible impulso de no seguir el camino marcado antes por otros. Y cuántas veces, también, las revoluciones tienen su Termidor, porque resulta que el pasado no era tan perverso o tan indeseable como en un momento de entusiasmo innovador se había pretendido; y quizá, más que eso, porque resulta imposible romper enteramente con lo pretérito, y arrojar por la borda todo lo que nos ha sido dado, porque el pasado, queramos o no queramos, constituye una necesidad ineludible de nuestro presente. Pues que somos hombres y no tigres, no podemos iniciar la historia a cada generación, ni resulta hacedero olvidar el calendario para iniciar un calendario nuevo, como intentaron pretenciosamente los convencionales en 1792, o los fascistas en 1923. A cuántas reflexiones se prestaría, si nos estuviera permitido divagar, la consideración de tantas rebeliones contra el pasado que han acabado deviniendo una nueva forma, tal vez inconsciente, de enhebrar de una manera u otra con el propio pasado.

En un parecido orden de cosas, cabría reflexionar sobre la tan traída y llevada rebelión generacional que tanto preocupaba a Ortega. Algunos, tal vez por razón de nuestra edad, podemos sentirnos conturbados por los modos y maneras de entender la vida, o de no entenderla, propias de algunas personas de nuestra juventud. Es más que probable que no falten motivos para ello; pero no deja de ser una enseñanza de la historia observar que en otras generaciones parecen haber ocurrido fenómenos hasta cierto punto similares. No dejan de llamarme la atención los lamentos de *Le Moniteur* de París, allá por los años veintitantos del siglo XIX, sobre las locuras de la juventud que nos están llevando a la perdición y pueden abocarnos a una era de desastres sin cuento; entre las locuras que enumera el editorialista figura, por ejemplo, la "estúpida costumbre de bailar el vals". Años más tarde comentaba Larra, al que no parece que quepa tachar de conservador a ultranza, que jamás

se había registrado una diferencia tan grande en la forma de ser y de comportarse entre padres e hijos como la de entonces, caracterizada sobre todo por una insolente falta de respeto hacia el progenitor. Está muy lejos de mi ánimo precisar si los problemas generacionales de nuestro tiempo, y más concretamente los de los de la cultura a que pertenecemos, son más graves o históricamente más amenazadores que los de otra época; solo quiero significar que, como tales, no representan una novedad. Imagino que debe ser muy antiguo, aunque francamente no lo sé, ese refrán árabe que pretende que “los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres”.

En suma, la historia es conjuntamente el curso de una continuidad y el curso de una divergencia, porque el pasado nunca es del todo prescindible, ni tampoco la tendencia humana pretende siempre mantener una linealidad inalterable. Ese curso resulta así zigzagueante, con sus *corsi e ricorsi*, pero sin retroceder en ningún caso al *stato ferino*, porque algo advierte al hombre, por progresista que sea su actitud ante la vida, que la radical negación del pasado equivale a un salto en el vacío. No sé hasta qué punto cabe interpretar literalmente la sentencia de Eugenio D'Ors de que lo que no es tradición es plagio. Sí parece cierto, y tal vez muchos de ustedes pudieran ayudarme a llegar a una conclusión válida en estas consideraciones, que lo que muchas veces tomamos por nuevo es una realidad antigua hasta cierto punto modificada o adaptada. Sin duda a nuestros sindicatos les extrañaría saber que el recurso a la huelga fue un invento, si no existen testimonios más antiguos, de la época de la V Dinastía egipcia, hace 4500 años; o nuestras agencias publicitarias podrían saber que el logotipo es un regreso, tal vez útil, a los caracteres ideográficos del neolítico final. Si los *corsi e ricorsi* significan un curso fluctuante, o por el contrario, una suerte de progreso a cada reencuentro, nos llevaría por su parte demasiado lejos, y tampoco es mi propósito detenerme en este punto. Hoy tiende a interpretarse la concepción de Vico no como una sucesión de avances y retrocesos, sino como una línea espiral que vuelve a pasar a cada vuelta que da la Historia por los mismos ejes de coordenadas, pero cada vez a una mayor distancia al punto de origen, es decir, con un intervalo de progreso. La idea de la espiral en progreso indefinido aparece muy clara en una bella reflexión sobre la His-

toria, de un compañero hace tiempo desaparecido, Joan Reglá, cuyo título en catalán -que no el título en castellano- lo dice todo: *Comprendre el mon*. Reglá explica, con una claridad que no he visto en ningún otro autor, la idea de la espiral del progreso humano. Una idea por demás sumamente sugestiva. Con todo, debo advertir que más de una vez comenté con mi entrañable compañero ampurdanés que no solo no creo en eso que se llaman las leyes históricas, sino que me parece inadecuado aplicar a la Historia los principios de la geometría analítica.

Decir, como tantas veces hemos oído, que “la historia se repite” es por esencia y por necesidad un tópico ahistórico. En Historia opera el modo de sucesión y no el modo de repetición. El río no pasa dos veces por el mismo punto, aunque pueda atravesar paisajes muy parecidos, como nuestra vida no vuelve atrás, por más que pueda experimentar en ocasiones vivencias muy similares. Creer en la mecánica de la historia supone negar el principio fundamental de la libertad humana. Si el comportamiento del hombre es de la misma naturaleza que el de los átomos de cloro en presencia del oxígeno, o el de un gas que aumenta su presión en razón directa de la temperatura en grados Kelvin a que está sometido, convertimos al ser humano en un objeto, al modo de un fotón o un asteroide, en lugar de concederle el papel de sujeto, en este caso sujeto de historia. Un sujeto condicionado, que duda cabe, por sus propias limitaciones y supeditado muchísimas veces a la circunstancia; pero que en definitiva es libre para decidir entre uno u otro camino, entre una u otra opción. Porque el hombre es, para quienes creemos en la libertad, un ser que en cada momento toma decisiones que podía no haber tomado, la historia no se ajusta a una secuencia necesaria, no se parece a una precesión de lo equinoccios, cuyo comportamiento podemos predecir de antemano. La seguridad de los positivistas, que esperaban, como Augusto Comte o Herbert Spencer, que llegaría el momento en que podría predecirse la manera de reaccionar de un ser humano ante una circunstancia determinada, se ha desvanecido con el tiempo, y hasta hemos perdido confianza en los futurólogos. El porvenir se nos muestra incierto, porque el futuro de cada hombre, y de la humanidad en su conjunto, es incierto, porque ni yo mismo sé cómo voy a comportarme después de haber leído estas tan deshilvanadas páginas. Y por eso tantas falsas profecías sobre nuestro tiempo no se

han cumplido, o se están cumpliendo de una forma muy distinta a lo que habíamos supuesto.

Nada más expresivo que recordar la enorme ilusión que despertó entre los hombres de hace ahora ciento diez o ciento veinte años la que Carlton Hayes llama "la promesa del siglo XX". Para el optimismo positivista, el siglo XX presenciara la coronación de todas las aspiraciones de la humanidad: en él tendríamos instrumentos para volar por los aires, para hablar con nuestros amigos de otros continentes; para contemplar escenas que se estarían produciendo en otra parte del mundo; para llegar a la luna; para acabar de una vez con la peste, con el hambre, con la guerra, con las injusticias. El hombre podría tornarse invisible, subir sin esfuerzo, en vez de caerse, gracias al descubrimiento de la antigravedad, alimentarse de pastillas azoadas, que según Berthelot resolverían para siempre el problema de la alimentación humana. El siglo XX representaría la gozosa reconquista del paraíso. Cuántas reflexiones podría sugerirnos el balance de esa "promesa". Muchos de los logros previstos se han convertido en realidad, tal vez una realidad a la que ahora no concedemos demasiada importancia, o cuyos efectos perversos comenzamos a entrever; otros, en cambio, no dejan de ser lejanas quimeras, tal vez tan inalcanzables como hace cien años. Y qué distinta ha sido, en cambio, la expectación del hombre de nuestra cultura ante las perspectivas del siglo XXI. Muchas veces he comentado con mis alumnos esta falta de ilusión ante la nueva centuria que se nos presenta. Como si no tuviéramos nada bueno que esperar. Y si algún lector de Fukuyama llegó a pensar en una era de paz universal, alguien, el primer 11 de septiembre del siglo se encargó de frustrar aquella ilusión. Tampoco, debería añadir, tienen necesariamente razón los agoreros que nos predicen una larga era de desastres. Las profecías de Hungtinton no tienen por qué estar informadas de una más segura virtualidad que las de Fukuyama. La Historia siempre nos reserva sorpresas, no sabemos de qué signo. Solo sabemos, con seguridad absoluta, que las sorpresas no faltarán, porque el devenir histórico es siempre, por naturaleza, sorprendente. La perspectiva del futuro puede ofrecernos, hoy o mañana, premoniciones ominosas, sin que la Historia misma deje de tener el aliciente de una maravillosa aventura.

Pero recaigamos en fin, en el punto a que nos han llevado estas últimas reflexiones. La Historia, ¿se repite?. No, en cuanto que, por ejercicio de la libertad humana, a veces del capricho humano, de la facultad de decidir para tomar por esta senda o por la otra, nos conduce a parajes siempre distintos; pero al mismo tiempo, admitámoslo también, cabe desembocar en parajes sorprendentemente similares a otros ya recorridos, no solo porque hay parajes que se parecen a otros, sino sobre todo porque el protagonismo humano es siempre humano, tiene inevitablemente algo de común, por mucho que repudiamos tanto la tradición como el plagio. El curso de la historia no se repite, porque en él no opera el modo de repetición, pero puede incidir en momentos que nos recuerdan con fuerza otros momentos ya pasados, porque la naturaleza humana tiene algo que se mantiene a través de los tiempos: y ese momento nos recuerda llamativamente otro momento, por más que no sea el mismo; como el rostro de un hombre nos recuerda llamativamente a otro rostro que ya conocemos, por más que no sea el mismo hombre. El curso de la Historia, por obra de la condición humana, nunca es “idéntico”; sí, muchas veces, es “análogo”.

La historia, por tanto, no es previsible, pero es comprensible. Es comprensible al menos en la medida en que es comprensible el ser humano. Se nos aparece muchas veces propicia a la explicación: Bauer distinguía tres momentos en el proceso de elaboración histórica: la información, la comprensión y la explicación. Los historiadores tendemos casi invenciblemente a buscar el sentido de los hechos: porque los hechos están, como reconoció en un momento dramático de su vida García Morente, *llenos de sentido*. Y es este sentido comprensible, capaz de ser asumido por la inteligencia humana como propio de nuestra naturaleza, el que nos permite introducirnos en una realidad que nosotros no hemos vivido. Por eso, decía Henri Lapeyre, el más completo método de la Historia es el *método de la comprensión*. Historiar es comprender, y hasta me atrevería a añadir que el historiador que no comprende, que no trata cuando menos de hacerse cargo de los motivos que tuvieron unos hombres para obrar como obraron, no puede ser buen historiador. Bien entendido que comprender no es compartir, no es estar de acuerdo con los supuestos que otros seres humanos aceptaron. Tenemos cuando menos ciertos

motivos para pensar que acusar a los hombres del Paleolítico de bestiales o a los campesinos del Medieval de ignorantes significa arrancarlos de su entorno natural y juzgarlos de acuerdo con las convenciones de nuestro hoy, unas convenciones que podrán merecer un juicio negativo, eso no lo sabemos, a los hombres del siglo XXIV.

Y al llegar a este punto es donde tropezamos con la angustiada incertidumbre en que por un tiempo nos han sumido los historicistas. Les confieso que mi contacto con el historicismo fue en verdad deprimente. El historicismo rompe con la noción de la continuidad histórica, con la posibilidad de establecer esa comunidad a través de los tiempos que nos permita viajar al pasado para comprenderlo sin otra ayuda que nuestra condición humana. Para Dilthey, Troelsch, Meinecke, lo que nos presenta el pasado histórico es la relatividad de cualquier tipo de concepción de la realidad. Cada momento de la historia tiene su propio idioma, que expresa su manera de concebir el mundo; y ese idioma no tiene traducción posible para el hombre de otro momento cualquiera, que necesariamente ha de hablar y de entender el mundo en un idioma distinto. Y de pronto, el historiador que creía entender a fondo el pasado, que aspiraba a convivir en cierto modo con él, se encuentra con una visión de la historia que no pierde su verdad, pero que ha perdido su continuidad, una historia que ya no podemos considerar propiamente nuestra, que no es “nuestra” historia. Una historia que hemos de renunciar para siempre a *explicar* por métodos racionales, porque esos métodos que consideramos racionales son los propios de la edad que estamos viviendo, no los de la edad que estamos estudiando.

El mejor remedio contra la angustiada tentación historicista, es, por supuesto, leer a Popper. Y después, tal vez, razonar con Thomas Schieder -perdón, si la cita no es rigurosamente literal- que el curso de la historia es el de una continua transformación de los paradigmas, pero tras esas transformaciones se encuentra siempre el fondo de algo intransformable, se encuentra la naturaleza del hombre, se encuentran hechos que son auténticamente humanos, y somos capaces de reconocerlos como tales, aunque no coincidamos con la forma que otros tuvieron de verlos y entenderlos. Irénée Marrou por su parte, ve que la historia nos en-

seña un sano relativismo, pero en sí no es angustiosa ni escéptica, porque toda forma de concebir el hombre, el mundo y la vida propia de otros tiempos no supone para nosotros una forma de contradicción, sino un motivo de enriquecimiento. Lo distinto, y no hace falta seguir literalmente a Hegel, nos enriquece. El contacto con otras culturas, con otros modos de ver las cosas nos arranca del confinamiento a nuestro hoy. No deja de ser emocionante descubrir en las pinturas de Altamira o en la canción de Seikilos rasgos que se acercan más al arte actual que al arte de los clásicos. ¿Quién no ha disfrutado dialogando con Platón, aunque el diálogo degenerare a veces en discusión?. Quizá porque para Platón diálogos y discusión son prácticamente la misma cosa. Y si nos exige un esfuerzo mayor entendernos con los autores del Rig Veda o del Popol Vuh, es muy probable que la dificultad estribe menos en la distancia histórica que en la distancia cultural. Creo que tiene razón Spengler cuando observa que nos resulta más asequible entendernos con los antepasados de nuestra propia cultura que con los contemporáneos de culturas distintas a la nuestra.

Otra variedad del historicismo persiste hoy en forma de relativismo. Una de las grandes cabezas pensantes de nuestra generación, Joseph Ratzinger, hoy Benedicto XVI, es una de las figuras que con más clarividencia ha puesto de relieve el riesgo de confusión universal de los tiempos presentes, de pérdida en el vacío por la falta progresiva de puntos de referencia. Un artículo bien conocido es *Razón y Relativismo*, pero tal vez para un historiador resulte más sugestivo otro trabajo, *Zeitgeist*, no traducido que yo sepa, en que se refiere a la fuerza enorme, aparentemente incontestable, de lo que está en la cresta de la ola, de lo que se lleva, de lo que se impone por obra de un estado de opinión que parece radicalmente extemporáneo discutir. Es una fuerza inmensa y al mismo tiempo efímera, pues que en un tiempo futuro será sustituida por otra corriente, lo que entonces “se llevará”. Salustio observó con especial penetración que “las *mores* tienen más poder que los césares”. Luis XIV, el Rey Sol, cuya voluntad era la ley, no pudo evitar que tres camareros mayores tardasen dos horas y media en vestirle de la incomodísima indumentaria que las convenciones del barroco le exigían como pretendido símbolo de su majestad. Y lo que se dice de la tiranía de la moda podría predi-

carse a fortiori de tantos convencionalismos estéticos, intelectuales, ideológicos, que hoy se nos presentan como irresistibles y mañana parecerán caducos, y más aún ridículos, porque el hombre no siempre es compasivo con sus predecesores, y tiende a reírse de lo pasado de moda. Hemos de distinguir, advertía Ratzinger, entre lo que no es solo de hoy, ni solo de ayer, ni solo de mañana, porque es independiente del tiempo, resiste y trasciende por encima de la exigüidad de cada ápice temporal; y aquello que, porque está ahora mismo en la cresta de la ola, parece digno de adoración y un día aparecerá como un modismo propio de un pasado que otros hombres se han encargado de superar.

El historiador se siente con cierto derecho a suponer que cada época tiene sus propias vacas sagradas, que vistas a cierta distancia, ya son, aunque dignas de estudio y de comprensión, vacas muertas. Y en esta comprensión radica justamente lo que Danielou, como decía antes, considera un motivo de enriquecimiento. Cada pasado nos dice algo. Y por otra parte, el conocimiento de lo que fueron prejuicios de otros días nos enseña a desconfiar de nuestros propios prejuicios, a no pensar que nos encontramos, precisamente hoy, en el centro de los tiempos, a no dejarnos arrastrar por la fuerza de lo que se lleva simplemente porque se lleva, en vez de buscar el valor de lo permanente, de lo que queda incólume después del paso de las vicisitudes; en fin, de lo que, si vale aceptar el lema de la ciudad de París, *fluctuat, nec mergitur*; y es que solo en ese algo que no se hunde se encuentra el sentido más profundo de la Historia.

Casi para terminar: no me he referido, porque no he pretendido hacerlo, ni tampoco pienso que merezca la pena, a mis propias experiencias como historiador. Tal como proponía el maestro Pabón, he impartido, simplemente por razones de edad, millares de clases, he pronunciado centenares de conferencias, he escrito docenas de libros, he contrastado mis visiones de la Historia con las de mis amigos y con las de otros muchos compañeros de viaje con que me encontrado a lo largo de cincuenta y tantos años. Y he pensado, porque no he tenido más remedio que hacerlo, sobre la extraordinaria aventura de la historia y la propia aventura del historiador. Ranke quería ver al historiador entrado en años, porque solo el decurso de una larga convivencia con la dis-

ciplina que ama y cultiva puede conferirle la necesaria madurez. No estoy seguro en absoluto de haber alcanzado esa madurez. La madurez, por desgracia, no depende solo de los años, sino de una especial capacidad de decantación, como la que tienen los buenos vinos. No todo vino, por ser viejo, es bueno. Sin embargo, puedo sentir esa cierta ironía que regala la experiencia.

Hablaba hace un momento de la moda, de lo que se impone como sugestivamente nuevo en un momento histórico, para volverse viejo y superado con el paso de los tiempos. También en el campo de la ciencia histórica hay modas. A lo largo de cincuenta y tantos años de oficio he vivido la defensa de la historia erudita como única forma de seguridad científica, el auge de la Historia de la Cultura, despliegue aguileño por encima de las despreciables circunstancias de lo anecdótico; la historia estructural, el fondo firme sobre el que bailotean los caprichos de las decisiones circunstanciales; la historia social, la historia económica, la historia serial, el intento de reducir el pasado a una secuencia estadística, con sus medias, sus medianas y sus modas, o sus curvas semilogarítmicas aplicadas absurdamente a funciones no acumulativas; recuerdo una tesis doctoral ante la cual el maestro Jover clamaba: "veo una obra espléndida, un trabajo realizado de acuerdo con la técnica más depurada; pero no veo al hombre, no veo al hombre; ¿me puede usted decir por favor, se lo suplico, dónde está el hombre?". He pasado por la historia de las mentalidades, primero mentalidades colectivas, más tarde mentalidades a secas, por la historia de las costumbres y de la vida ordinaria; he pasado por la biografía individual y la biografía de grupos, grupos abiertos y grupos cerrados. Vivo en una época en que las modas historiográficas se han difundido un tanto, y cada historiador marcha por la senda que le dicta su buen saber y entender. Y debo confesarles a ustedes que si nunca he participado festivamente de cada orientación de moda, creo no haberlas despreciado y haber aprendido un poco de cada una.

Me gustaría poder explicarles por qué he aprendido de tanta diversidad. Durante mucho tiempo se ha identificado a cada orientación de la historia con un método: el método erudito, el método analítico, el método analíticosointético, el método estadístico, el método serial, el método de homologación. Y los pro-

blemas metodológicos parecían ser más importantes, al menos como prioridad, que los propios problemas históricos. Hubo tantos congresos de metodología histórica como congresos de historia; y en los mismos Congresos Internacionales de Ciencias Históricas, tales los de Bucarest o San Francisco, era mayor el número de asistentes a la sección Método que a todas las demás juntas. Solo más tarde empezó a recordarse que el método, sin que ello implique despreciar la enorme importancia de las técnicas metodológicas, no es sino un meta-odós, un camino, es decir, un medio, para alcanzar el supremo fin de la verdad histórica. Y fue Lapeyre el que dijo que un método conduce siempre a *una ladera de la verdad*. Una ladera es verdad, pero no pasa de ser una parte de la verdad. Y siempre se ha dicho, no sé si con entera razón, que una parte de la verdad se opone a toda la verdad. ¿Hemos de despreciar por parcial, es decir, por sesgada, o siquiera por insuficiente, a cada una de esas partes?. En modo alguno, como que si eliminamos las partes nos quedamos sin verdad.

El problema me recuerda invenciblemente al perspectivismo, otra cuestión que habría abordado en su momento si me hubiera sido posible. La feliz palabra *ladera*, tal como la emplea Lapeyre, aúna los dos problemas en uno solo. Don Miguel de Unamuno vivió durante un tiempo preocupado por el perfil exacto del Calvitero, esa cumbre del macizo de Gredos que se divisa desde Salamanca, y que parece adoptar una forma distinta según la ubicación del observador. ¿Es un domo?, ¿es una ceja alargada?, ¿es un perfil de camello?, ¿es una cresta casi puntiaguda?. Por un camino o por otro se llega a una ladera distinta de la montaña, sin que cada ladera deje de ser auténtica, sin que nos engañe la vista en cada caso. Lo que ocurre es que cada ladera nos ofrece solo una parte de la verdad. Y solo se llega a la verdad cuando se sube a la montaña. Don Miguel subió al Calvitero, desde entonces habría de subir otras muchas veces, y allí escribiría tal vez sus mejores poesías, y aquella montaña haría germinar muchos de sus más sabrosos ensayos. Solo la cima nos permite comprobar que la montaña es una semicúpula cortada sobre un dorso asimétrico, dotado de una antecima. Qué claramente se distingue ahora la complejidad de la verdad, y la razón no infundada, pero incompleta, de cada perspectiva parcial. No por eso he-

mos de aspirar a conocer todos los caminos de la historia. Somos limitados y es limitada la información que recibimos. Incluso en estos tiempos, en que la información se ha multiplicado hasta extremos inimaginables, no siempre es labor sencilla separar los datos fiables de los sesgados. Pero tenemos motivos para confiar en que, trabajando con honestidad, con un amor a la verdad por encima del amor propio, como nos pedía a sus discípulos mi maestro, don Federico Suárez Verdeguer, con rigor y con constancia, podremos avanzar más y más hacia la cima, aunque resulte inevitable de toda inevitabilidad dejar algunos recovecos oscuros a nuestra espalda. Si dudamos, si desfallecemos, nos exponemos a legar a otros un mundo de oscuridades, y a hacer posible la aplicación de aquella máxima según la cual lo que no se haga por la historia se hará contra la historia.

En tanto, y con esta sensación quiero dejarles después de tantas deshilvanadas reflexiones, la Historia con mayúscula, la enorme corriente de la Historia, sigue su camino. No sabemos hacia dónde, tampoco sabemos qué sorpresa nos espera en el próximo recodo. La idea del fin de la Historia, tal como la conciben Hegel, Marx o el mismo Fukuyama, no deja de ser una lejana, una dorada utopía. La esencia de la Historia es su constante, aunque imprevisible continuidad. La corriente no se detiene. Y así es como la concibe en un pensamiento señero Karl Jaspers: como una proa enorme, que va hendiendo, instante a instante, las tinieblas de lo futuro, las sombras de lo que todavía no es hasta el momento mismo en que esa proa corta las aguas negras para traerlas a la existencia. Esta idea, el meterse de cabeza en el caos de lo necesariamente desconocido, sume al filósofo en una incertidumbre angustiada. Pero Jaspers, filósofo existencialista de fondo cristiano, reconoce que toda la Historia, dirigida misteriosamente por Alguien que escribe derecho con renglones torcidos, considerada en su conjunto, es un algo que siempre acaba encontrando su rumbo. La Historia, no sabemos cómo, sale de todos los túneles y sigue adelante. No conocemos el futuro, pero sabemos que el futuro, al convertirse en Historia, podrá ser explicado más tarde por alguien. Y es ese sentido siempre explicable lo que nos permite seguir viviendo con esperanza esa maravillosa aventura del hombre en este mundo que es la Historia.